

... de su capite y delicado pincel que hoy cuentan
los templos, palacios y sitios reales, y los casos particulares,
algunos de ellos de un mérito asombroso: el mayor beneficio
fue el de los excelentes discípulos que aquí se formaron en
la escuela y con las lecciones y la protección de tan insigne
maestro. Tales fueron Maella, Bayeu, Ferro, Ramos y otros
aventajados artistas, que vinieron a constituir una nueva y
brillante generación de pintores. Gualba ya también de cierta
celebridad, aunque fue mayor la que adquirió posteriormente,
el original y siempre aplaudido don Francisco Goya.

El pincel y el buril pareció haberse unido en amigable con-
sorcio en una misma familia, puesto que con la hija del céle-
bre Mengs, Ana María, que heredó algo de genio artístico de
su padre, y fue académica de honor y mérito de la de San
Fernando, casó el distinguido grabador de piedras don Manuel
Salvador Carmona, que se había perfeccionado en París y en
Roma en el estudio del *Grabado*, y heredó luego su aprove-
chamiento y su maestría en los celebrados cuadros de *La His-
toria escribiendo los fastos de Carlos III*, de *La Resurrección
del Salvador*, de *Los Borrachos* de Velázquez, y de muchos
retratos primorosamente ejecutados. De su misma edad,
puesto que en el mismo año que él había nacido, era el
valenciano don Pascual Pedro Molés, individuo de varias
academias extranjeras y nacionales, director de una escuela
de dibujo en Barcelona, y cuyo delicado buril ganó merecida
celebridad con las láminas de *San Gregorio rechazando la ti-
erra*, de *San Juan Bautista en el Desierto*, de *La pesca del Co-
codrillo*, y con algunas que ejecutó para la magnífica edición
del *Quixote* de Ibarra, ó sea de la Real Academia Española,
sobrio monumento de lo que había progresado el arte tipo-
gráfico en España, donde lució también la suavidad y pastosi-
dad de su buril don Fernando Selma, admirable artista también
en este género, y autor de muchos y muy célebres cuadros,
por eso desmerecieron los de otros grabadores, como
Carreras, Ballester, Muntaner y Molés.

De estas y otras obras de ejecución, se escribían y
publicaban, y así era natural que sucediese, obras de instruc-
ción sobre las Nobles Artes. Mengs y Carmona escribían el
uno *Lecciones prácticas de Pintura*, el otro *Concepciones
sobre la Escultura*. Traducían los *Tratados y Libros de Pin-
tura de Leonardo da Vinci*, de *Antonio Allegri*, se consun-
ban y ridiculizaban en el teatro, y se hacían otras defeciones
de arquitectura que eran de aplicación en el arte, como
al bastellaje. Los días de la *Escuela de San Fernando*, don
Antonio Ponz con su *Itinerario de España*, don Antonio
Menas con su parte *de las artes y oficios*, y don Antonio

... de las bóvedas de palacio, etc.

Andrada expresaba sus excelentes *Noticias de los Arquitec-
tos y de la arquitectura de España*.

Al terminar esta época crítica sobre el reinado de Car-
los III, podemos que nada podemos hacer mejor que transcri-
bir algunos párrafos de los que el ilustrado autor extranjero
de la *Historia del reinado de la casa de Borbon* pone por
conclusión de la obra.

«Apenas podría existir una situación mas infeliz para un
pueblo, que la en que se veía España en los últimos tiempos
de la dinastía austriaca. La sucesión a la corona completa-
mente incierta; los agentes de las naciones de Europa en torno
al lecho mortuario de Carlos II pugnando por arrebatarse su
herencia; el pueblo español temblando de ver dividida su bella
monarquía; sin marina, sin ejército, arruinada la hacienda; un
monarca sin fuerzas para sostener las riendas del Estado y un
pueblo abyecto de mala gana a un gobierno carcomido y débil;
la superstición triunfante, alzando la orgullosa frente é
inmolando todo a su furor: la agricultura, la industria y el
comercio sumidos en la mas lastimosa decadencia; los españo-
les conservando solo el recuerdo de su grandeza y civilización
pasada; postrados ante un despotismo ignorante: tal era el
triste cuadro que ofrecía la monarquía española en los últimos
días del reinado de Carlos II.»

«La sucesión sucesiva a fines del reinado de Carlos III un
cuadro bastante diferente. Este mismo pueblo, debilitado,
envejecido y acostumbrado al advenimiento de los príncipes de
la casa de Borbon, recupera el lugar distinguido que merece
entre las naciones de Europa. Un ejército de mas de cien mil
hombres, una marina que nunca había tenido España, ni en
la época de la *Armada Invencible*, compuesta de setenta na-
vios de línea y un número proporcionado de buques menores;
la monarquía, aunque se había visto empeñada en guerras
que comprometían sus posesiones de Ultramar, señora, por
un breve espacio de todo su territorio después de la paz de 1773;
el soberano gozando de la mas alta consideración personal con
los reyes de Europa, y árbitro de las contiendas de todos, por
su sabiduría, por su edad y su probidad; la hacienda en un
estado bastante prospero, con medios poderosos para mejorar
todo el tiempo de la administración interior; abolidas muchas
de las leyes que oprimían la agricultura, la industria y el
comercio; la actividad civil no esclavizada por el poder ecle-
siástico; los privilegios de la corte romana notablemente mo-
dificados; las prerrogativas del poder real fijadas y definidas
clara y definitivamente; la Inquisición, tan atroz y cruel en
sus principios, flexible ya, y hasta amedrentada ante el poder
de la razón; las ciencias y las letras honradas, recordando los
brillos de la literatura del siglo XVI, y ofreciendo en al-
gunos casos que producía un modelo de exquisito gusto, una
perspectiva que jamás habían podido alcanzar los mas de los
siglos anteriores; las artes alentadas con la protección de un
gobierno bastante ilustrado para conocer cuánto valen: final-
mente, una perspectiva de poderío, de paz y felicidad para los
habitantes de la Península, a la sombra de un poder paternal y
sábio. Tal era el estado floreciente de España en 1789.»

REYES DE ESPAÑA.

